

la flecha y LA NIEVE

RELATO DE URUZ,
HIJO DE QAZAN



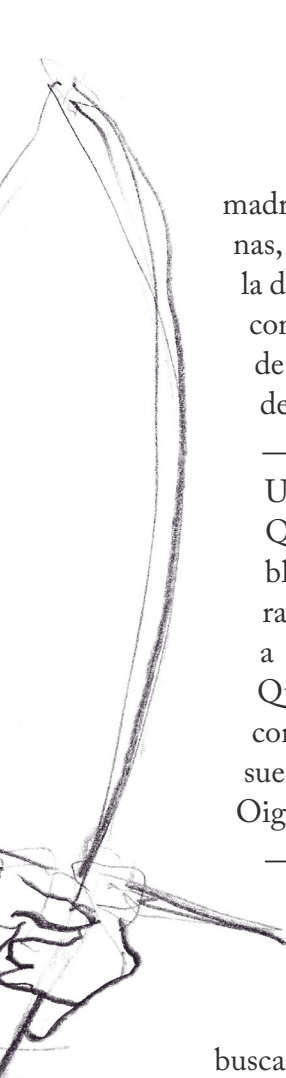
ilustración | @MANUSAURUS

texto | RAFAEL GARCÍA MARCO

«MI HERMANO HA MUERTO Y YO SIGO VIVO. QUE MI POBRE CABEZA SIRVA DE HOLOCAUSTO».

Así habla Uruz, hijo de Qazan. Mientras dice esas palabras sus ojos negros derraman lágrimas de sangre. Han transcurrido cuarenta noches desde ese momento pero con el curso de los días apenas parece una prolongada, inmensa noche. Cuarenta albas y crepúsculos se

han sucedido y también ellos son ahora un alba sola y un solo crepúsculo. Esa misma noche hizo la ablución con agua pura y dijo la plegaria de las dos inclinaciones. Estranguló al caballo de su hermano para que pudiera seguir cabalgándolo en el más allá —entre los *oguz* un hombre, vivo o muerto, no es nadie sin su caballo. Luego se despide de su



madre, la de blancas trenzas, y de sus hermanas, semejantes a cisnes; yace con su esclava, la del vestido amarillo, la de mejillas rosadas como gotas de sangre sobre la nieve, y sube de un salto sobre su caballo alazán en busca del rastro del asesino.

—¿Eres lobo u oveja? —la voz que escucha Uruz en el sueño es la voz de su hermano Quran, mientras se desafían en el bosque blanco. Los dos han cortado dos blancas ramas de álamo y se persiguen de regreso a la tienda de su familia. En el sueño Quran está vivo pero también está muerto, como a veces sucede en los sueños. En el sueño Quran se detiene y habla en poesía. Oigamos lo que dice:

—Haz un arco nuevo, Uruz. No de hierro, de dócil álamo la madera ha de ser, Uruz, curva como una luna creciente; el emplumado de ánade ha de ser, Uruz, que le haga buscar el nido del corazón infiel; la cuerda de nervio de lobo ha de ser, Uruz, porque afirman los sabios que lo que fue separado siempre desea volver a ser uno.

Así le habla Quran durante el sueño. Al despertar Uruz busca de dócil álamo la madera, curva como luna; trenza el emplumado de ánade para que encuentre el nido del corazón infiel; ata con siete nudos el nervio de lobo, porque afirman los sabios que lo que fue separado siempre desea volver a ser uno. Uruz despierta, se acerca la noche. En el desierto camina de noche, descansa de día. Sigue el sendero de los pozos y las estrellas. Uruz despierta y sigue el rastro. En los montes oscuros camina de día y descansa de noche. Sigue el sendero del arroyo y las rocas negras.

Uruz despierta. Ha nevado, como nieva en la Ciudad de Nombre Solemne, pero nada importa, porque Uruz ha encontrado el rastro del lobo que mató a su hermano.

Es un lobo joven. Desde donde Uruz lo ve, desde donde Uruz lo mira, puede ver sus ojos amarillos merodeando en torno a un árbol. Ahora que puede verlo, ahora que puede

mirarlo, Uruz se da cuenta de por qué le fue tan complicado hallar su rastro. Se mueve ligero sobre la nieve, tan ligero que la más leve brisa borra sus pisadas. El lobo es joven, demasiado acaso; los lobos solitarios son raros, aún más si son jóvenes. Solo dejan la manada para buscar hembra y formar una nueva. Se ven manchas de sangre secas en el lomo. Uruz siente esa mancha húmeda en su pecho. Uruz abre su arco, que se despliega dócil como una vela al viento del amanecer.

Uruz siente el peso de la nieve en las ramas, el viento gélido del amanecer abriendo sus pulmones; la vibración de la luz en la luz; la vibración de la luz en las sombras. Una abubilla grita, como si recitase una premonición. El lobo levanta la vista y ve a Uruz. El lobo presiente que está muerto. Acaso no sea una presunción, pues el viento ahora arrastra el olor de Uruz y Quran. El lobo comprende, de alguna manera, pero no se mueve, como a la espera.

La trayectoria del disparo, de una pulcritud matemática, es de una hiriente belleza. Antes de soltar la flecha Uruz deja expulsar la última bocanada de aire al lobo, como quien otorga un último deseo, para que muera sin el peso abrumador del alma y los recuerdos a sus espaldas. Uruz nunca deja nada al azar, ni siquiera el azar. Por eso sabe. Por eso tampoco se mueve. Mientras la flecha atraviesa la cabeza del lobo Uruz siente la mirada de la hembra sobre él. También sabe que ha muerto. Cierra los ojos, oculto en su oscuridad recita la plegaria de las dos inclinaciones mientras una dentellada le arranca el cuello. Mientras se desangra sonríe. La loba tiene ojos amarillos, como el vestido de la esclava que amó, la de mejillas rosadas, como esa sangre que ahora se abre como una flor sobre la nieve.

Dede Qorqut habló en verso:

—Pero los heroicos guerreros de quienes he hablado, ¿dónde están ahora? ¿Dónde están los que decían: «el mundo es mío»? El final los ha alcanzado, la tierra los ha escondido. 🏹